

MENSAJE DEL DR. ENRIQUE RUELAS BARAJAS COMO PADRINO DE LA 95a
GENERACIÓN DEL INSTITUTO NACIONAL DE SALUD PÚBLICA

Septiembre 1 de 2017

“A nuestros estudiantes mexicanos, centroamericanos, sudamericanos y europeos, a nombre de la Escuela de Salud Pública de México, de la que desde ahora serán parte, ofrezco sus espacios. El espacio físico que porta una larga tradición y mística de servicio; el espacio temporal...para meditar, para enriquecer sus conocimientos; y el espacio intelectual que permita establecer las bases de la creatividad a la luz del análisis crítico de la realidad circundante...A cada uno reitero, en fin, mi invitación a vivir conscientes de nuestra historia, a entender nuestro presente, pero más aún, a escribir la futura historia”.

Que no se crea que he leído un texto equivocado en una ceremonia equivocada. Ha sido un fragmento del mensaje que, como Director General, dirigí a los alumnos de nuevo ingreso a la entonces Escuela de Salud Pública de México, aún en el edificio de Plateros en Mixcoac, el 16 de febrero de 1987, a un día de la fecha exacta en la que se conmemora la fundación de esta Escuela, en aquella ocasión, sesenta y cinco años atrás y unos días antes de que se creara el Instituto Nacional de Salud Pública hace treinta años. A unas semanas de haber tomado posesión como Director General, esa fue la primera vez que desde una tribuna semejante a esta tuve el placer de estar frente a una audiencia distinguida como ésta.

Así como esa fue la primera vez allá, también aquí estuve en este mismo podio por primera vez nueve años después, en 1996, para honrar la memoria de mi muy querido amigo José Luis Bobadilla, uno de los más entusiastas fundadores de este Instituto, investigador riguroso y dedicado docente, en el homenaje que se le rindió un par de meses después de su trágico y muy lamentable fallecimiento en las aguas peruanas: “Con la partida de Pepe, – decía yo entonces - como en una fuga, se desprendió el contrapunto de mi partitura vital. Parecería que a los hombres se les conoce más en la muerte que en la vida. Pero no a todos. Sólo a quienes como él dejan ecos. Sus ecos resuenan y penetran como golpe de ola en vigilia constante. En el caso del doctor Bobadilla esos ecos, esas olas, quiero pensar, son las que ya lo cobijan, son su ejemplo, su presencia, su vida, son sus deseos e ilusiones que han levantado el vuelo”. Desde entonces, no ha habido otra ocasión tan especial para mi en este recinto como el día de hoy.

Entre ambos acontecimientos, la inauguración de cursos en el 65° aniversario de la Escuela y la muerte de Pepe, aconteció una vez que, si me permiten el relato coloquial,

nos quedamos en este mismo lugar “chiflando en la loma”, literalmente, Julio Frenk, José Luis Bobadilla, Jaime Sepúlveda y yo. Ocurrió cuando el entonces Secretario de Salud, el Dr. Guillermo Soberón, planeó una gira por el Estado de Morelos para, entre otras cosas, venir a colocar, junto con el Gobernador del Estado, la primera piedra de lo que sería este edificio. Nos habían citado a todos en la sede de la Secretaría Salud, en la calle de Lieja, para abordar un autobús que entonces usaba el Secretario para realizar sus giras. Antes de abordar, le dije a mi chofer: siga el autobús. Arribamos aquí, a lo que era una loma terregosa, se colocó la primera piedra y al terminar la ceremonia, dado que ninguno de los cuatro continuaríamos la gira, nos quedamos a disfrutar la maqueta colocada como parte del escenario ceremonial. Nos imaginábamos cómo se concretaría lo que habíamos soñado, cómo tomarían forma las aulas, las oficinas, este auditorio, la “Escalera Cósmica” de Sebastián. Decididos a regresar y habiendo partido ya el autobús del Secretario, nos dirigíamos hacia el borde de esta loma entre tierra, tropezones y resbalones cuando me di cuenta que no había vehículo alguno esperando. Y al mismo tiempo los cuatro, Julio, Pepe, Jaime y yo nos volteamos a ver unos a otros perplejos al comprender que todos habíamos dado la misma instrucción a nuestros choferes que, muy obedientes y seguramente sin fijarse en quiénes habían abordado aquel autobús, lo siguieron, y así nos dejaron, literalmente, chiflando en esta loma. El resto fue una historia de polvo, caminata, frustración y risas de la que todavía nos regocijamos.

Muy estimados graduandos, querido Dr. Juan Rivera Dommarco, estimado Dr. Simón Kawa, distinguidas personalidades que acompañan esta ceremonia, estimados profesores, familiares y amigos de los graduandos. De entonces a la fecha, la vida se acelera con vértigo. El entorno que ustedes viven es ya muy diferente de aquel que vio nacer a esta institución. No tengo duda que a través de estos años el paradigma aún hoy dominante para la atención de las enfermedades, los intentos para proteger la salud, y el sistema que para ello se fue configurando a lo largo del siglo XX, se va haciendo pedazos ante un nuevo paradigma que rápidamente se instala sin que podamos entender todavía todo lo que sucede.

De los miasmas de mediados del siglo XIX pasamos a hongos y bacterias al final de esa centuria y, de hongos, bacterias y virus hemos transitado a lo aún desconocido. ¿Qué es, qué demonios es, lo que causa - ¿dos, diez o más causas?- la obesidad, la diabetes o la hipertensión, por citar solo algunos de los enigmas contemporáneos más desconcertantes? . De manos, ojos y oídos de los médicos pasamos a tomógrafos, emisores de positrones, determinación de patrones genéticos. De gritos en las camas de los pacientes a cirugías con anestesia y asepsia en los quirófanos. De muertes tempranas a nacimientos cada vez más seguros. De una casi absoluta incompetencia frente a la enfermedad, a la falsa y arrogante omnipotencia ante la muerte.

Como arietes inmisericordes, todos los desarrollos que se combinan en lo que he denominado la “rima de las revoluciones” hacen trizas el paradigma de los siglos XIX y XX: revolución demográfica, revolución epidemiológica –me resisto a seguir hablando de transiciones cuando se trata de profundas transformaciones como se definen las verdaderas revoluciones- genómica, informática, telemática, robótica, cirugía endoscópica, tecnología nanoscópica y, a todo ello agrego al propio hombre, depredador de su propio ambiente y tal vez aún de su propia civilización. Me pregunto ante estos torbellinos qué cambios habrá que hacer y con qué velocidad a todos los programas educacionales como los que hoy sustentan los grados que aquí les son otorgados para mantenerlos a la par del ritmo de la realidad circundante. Quienes hoy concluyen formalmente una intensa formación deben evitar que la “arrogancia epistémica”, como la denomina Nicholas Taleb, se apodere de vuestros cerebros: “Sobreestimamos lo que sabemos e infravaloramos la incertidumbre”. Tal vez estemos ingresando a un nuevo renacimiento y necesiten ustedes por tanto, reconocerse como renacentistas de un mundo nuevo en el que la ciencia, el arte y las humanidades deban regresar a sus intersecciones renacentistas pero amplificadas a potencias infinitas por el cúmulo de conocimientos, tecnologías, sensaciones e interacciones humanas, sin precedentes en nuestra historia. Parece cada vez más obvio que de sistemas evidentemente “medicocéntricos” estamos transitando a lo que debiesen ser sistemas “salutocéntricos”.

Además, la velocidad impera y ustedes son ya tripulantes de la instantaneidad. Pero cuidado, pues dice Innerarity que “las nuevas tecnologías de la instantaneidad han propiciado una cultura del presente absoluto sin profundidad temporal”. Parece, entonces, que estamos creando un monstruo paradójico: cuanto más necesitamos ver hacia el acelerado futuro antes de que nos devore sin atisbarlo siquiera, más nos atrapa el presente sin rumbo. Este es ahora uno de vuestros desafíos: romper los grilletes de Facebook, de Tweeter y de todo lo que siga para levar las anclas del presente inmediato y lanzar la mirada hacia nuevos horizontes deslumbrantes que la historia les ha encomendado a ustedes simplemente por ser ciudadanos de hoy. Es indispensable ver nuevamente a los ojos del hombre en lugar de solamente dirigir las miradas automáticas a las pantallas parlantes.

Por todo esto, precisamente por todo esto, es imperativo fortalecer los valores que, a manera de brújula, guíen con firmeza sus pasos ante la rapidez con la que se acerca y se vive la incertidumbre creciente.

Ante este mundo cada vez más complejo deben ustedes evitar que se cumpla la sentencia de Vargas Llosa cuando en “La Civilización del Espectáculo” se refiere a los especialistas de esta manera: “ese ser unidimensional puede ser, a la vez, un gran especialista y un inculto porque sus conocimientos, en vez de conectarlo con los demás,

lo aíslan en una especialidad que es apenas una diminuta celda del vasto dominio del saber”. La cultura, que ensancha las coordenadas de vuestros horizontes, debe ser uno de vuestros valores pues os hará ciudadanos de un mundo de intersecciones entre disciplinas y diversas maneras de entender la complicada realidad. Y así como la cultura, otra coordenada fundamental debe la honestidad pues como Baricco ha dicho: “En mi mundo escasea la honestidad intelectual pero no la inteligencia”. ¡Qué razón tiene!

Hace dos días atestigüé en la ciudad de Sao Paulo, Brasil, una ceremonia por demás conmovedora y aleccionadora que hace honor a los valores que deben ser preservados a pesar de los embates de la superficialidad del presente. El Hospital Israelita Albert Einstein de esa ciudad, considerado el mejor hospital privado no lucrativo de América Latina, entregó por primera vez el “Premio Julia Lima”. El premio fue entregado por los padres de Julia a un profesor de la Fundación Oswaldo Cruz distinguido por haber sido el primer investigador que hizo evidentes, hace cerca de veinte años, las consecuencias de los errores médicos en Brasil. Julia, una chica de 27 años, linda, alegre, bailarina de ballet, falleció a consecuencia de errores médicos en ese hospital hace tres años. Desde ese entonces, las máximas autoridades del hospital decidieron hacer completamente transparente el caso a la sociedad toda y reconocer su falta en un acto de humildad y ética rigurosa. Las críticas y acusaciones encarnizadas contra el hospital desde los medios de comunicación y desde hospitales competidores no se hicieron esperar, como si a esos otros jamás les hubiese ocurrido algo similar. Conocí la crisis desde el principio porque me la compartieron casi con angustia el presidente del Consejo y el director médico del Hospital. La reacción fue tremenda afuera y adentro del propio hospital. Tal vez no hubiese trascendido el caso si, como habitualmente ocurre, se hubiese escondido, se hubiese mentido y tal vez se hubiese sobornado a muchos para propiciar el silencio de la impunidad. Pero la franqueza, la sensibilidad hacia la familia de Julia, la compasión, la comprensión y el profundo sentido humano de todos, llevó a que en esa ceremonia no solo se entregara el premio, una pequeña estatuilla de una esbelta bailarina plateada sobre un pedestal, como Julia. Una vez entregado, los padres de Julia, ante un mismo micrófono ambos, y teniendo como testigo a un lado al presidente del Consejo de Gobierno del Hospital, alternadamente fueron leyendo uno a uno los siete principios que ellos, junto con personal del hospital, redactaron para recordarnos a todos lo que es indispensable hacer para evitar que volviese a ocurrir lo que ocurrió a su queridísima y única hija. Con una entereza admirable y ante más de mil personas provenientes del propio Hospital Albert Einstein y de muchos más hospitales de varios países en el marco del Foro Latinoamericano de Calidad de Atención a la Salud, la madre y el padre de Julia alternaron la lectura de cada principio. Pero lo emocional y éticamente más impactante fue que ambos pidieron a la audiencia que todos fuésemos repitiendo en voz alta inmediatamente después de cada uno de ellos, cada uno de esos principios, como si fuese un salmo responsorial: “Únase a nuestra causa para prevenir errores y salvar vidas; Utilice sus conocimientos para promover el mejor cuidado y

experiencia para los pacientes; Recuerde detenerse para escuchar la voz del paciente y de sus familiares; Informe al paciente y a sus familiares sobre las indicaciones, riesgos y resultados esperados del tratamiento; Manténgase atento. Comparta sus dudas aún con sus pares, pida una segunda opinión y sea proactivo; Considere la hipótesis de estar equivocado; Adopte un comportamiento humano, humilde y empático”. No había escapatoria: con la imagen de una Julia juvenil, vital y sonriente en las pantallas del auditorio como si ratificara cada una de las frases, nos sentimos comprometidos con la misma causa: la de los padres de Julia, la que Julia misma seguramente hubiese querido, la de todos los pacientes y familias que sufren lo que jamás debió haber sucedido, la que quisiéramos para todos nosotros también. Las voces sonoras, a veces entrecortadas por la emoción mirando la imagen de Julia, hicieron el momento vibrante, de profunda humildad, de compromiso, de empatía, de honestidad, de humanidad. Julia volvió a vivir en el pensamiento de todos.

¿Y si todos aquí, ahora y cada día, sin necesidad de tener que honrar una muerte injusta pudiésemos enunciar de viva voz y a la luz del mundo nuestros principios, nuestros valores? ¿Vuestros principios y vuestros valores de cara a la población, a cada persona que debe beneficiarse de lo que aquí han aprendido; esos valores con los cuáles hoy son investidos implícitamente por los títulos que, no solo de este Instituto, sino de la sociedad reciben?

¡Este país, muchos otros países, el mundo necesita fortalecer, tal vez recuperar lo humano de sus seres humanos para alejarlos de las máquinas perversas del mal encarnadas en traficantes, tratantes, asesinos, megalómanos, manipuladores y politicastos de quinta que medran con el daño y el sufrimiento de muchos! Alguien, muchos, tenemos que mantener el rumbo ético de la vida, de nuestra historia, de vuestra historia. Hemos de hacer un esfuerzo para recuperar cotidianamente al hombre de las garras del hombre mismo que parece olvidar su naturaleza.

Ustedes son líderes. Lo son por el mero hecho de saber lo que saben, de entender lo que entienden, de haber estudiado en el Instituto Nacional de Salud Pública, de ser responsables, en su campo y a través de su conocimiento, de la salud de poblaciones que, sin saber que ustedes existen, los necesitan.

Alguien podría argumentar que el término “líder” está desgastado. Sí, lo está si seguimos haciendo lo mismo. Pero no, si frente a los grandes problemas éticos y de salud que nos aquejan, en lugar de seguir cavando frenéticamente para salir de la tumba que todos quisiéramos evitar, empezamos a levantar la mirada para ver hacia un nuevo horizonte. No, si en lugar de vernos cercados por fronteras que tal vez están solamente en nuestras cabezas, buscamos creativamente la manera de romperlas, de aniquilarlas. No, si se atreven a cambiar el lenguaje que ya no ayuda a explicar esta realidad cada vez más

intrincada. ¿Por qué no dejar atrás el eufemismo “salud” cuando nos referimos a los “sistemas de salud”? Aceptemos que nuestro sistema, como todos los del mundo, son predominantemente de atención a la enfermedad y llamemos a las cosas por su nombre. Dejemos de hablar de referencia y contra-referencia que solo hace ver a los pacientes como pelotas entre dos raquetas. ¿Por qué no acuñar de una vez por todas el término “acercabilidad” para llevar los servicios de verdadera salud hacia las poblaciones en lugar de usar solamente “accesibilidad”, que nos hace “accesibles” siempre y cuando los demás acudan a mí? Hagamos a un lado la imagen del médico como centro del universo y entendamos que muchos, aún más allá de los límites ortodoxos de la “salud”, tienen que ver, y mucho, con la salud. Hablemos de “salutogénesis”. Busquemos crear salud además de seguir curando y previniendo las enfermedades, eso sí, ¡con enorme calidad! Pensemos de manera innovadora cómo hacerlo para que los presupuestos y las plazas laborales destinadas a curar no consuman los intentos para prevenir. Para que en la formación de nuestros recursos humanos haya equilibrio y entrenamiento de verdaderos equipos para quienes, desde el pregrado, decidan dedicarse a curar y quienes se orienten a fortalecer la salud.

Atrévase a cambiar las palabras: en lugar de hablar de “pacientes”, hablemos de “activos”; activos en el sentido de riqueza, la mayor riqueza de que disponemos: nosotros mismos, los seres humanos; y “activos” porque los ayudemos a que nos ayuden a ser juntos proactivos a favor de la salud de todos. Inventen las palabras del nuevo milenio que nos hagan avanzar hacia un mundo nuevo, hacia un verdadero sistema de salud en el que todas las disciplinas que ustedes cultivan tengan el mismo espacio, como aquí en este Instituto, pero afuera en las estructuras laborales y en las estructuras científicas. Atrévase a voltear la ciencia y los sistemas de salud de cabeza.

Les comparto el lema de nuestro Instituto Internacional de Futuros de la Salud y así los invito a atreverse a “Imaginar lo impensable para lograr lo imposible”. Los invito a imaginar lo impensable para lograr lo imposible como García Márquez imaginó que habrá algún día “en su casa de la luna...una pareja de enamorados de Ohio o de Ucrania, abrumados por la nostalgia, que se amarán en jardines de vidrio a la luz de la Tierra”.

Epílogo

“Padrino” significa, de acuerdo con el Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española, “hombre que presenta y acompaña a otra persona que recibe algún honor o grado”. Con enorme orgullo los presento hoy y los acompaño no solo este día sino en la travesía que emprendan para transformar su entorno, nuestro país, sus países, el mundo de todos. Los acompaño con enorme satisfacción por el esfuerzo que han hecho para llegar hasta aquí. Los acompaño con enorme gratitud por haberme permitido estar con ustedes hoy en este entrañable espacio.

Felicito a cada uno de ustedes, de sus familiares y amigos que de la mano los acompañaron por este sendero. Como hace treinta años, ante sus predecesores en un auditorio semejante a este, en un momento muy parecido al que ahora vivimos, a mi felicitación añado hoy como entonces y con las mismas palabras: “a cada uno reitero, en fin, mi invitación a vivir conscientes de nuestra historia, a entender nuestro presente, pero más aún, a escribir la futura historia”.